

Domingo XXIV del TO
Ciclo B



15 de septiembre de 2024

Is 50, 5-9

Sal 114

St 2, 14-18

Mc 8, 27-35

P. Eduardo Suanzes, msps

Encontramos en la segunda lectura cómo Santiago nos dice que la fe sin obras es una fe muerta, es decir, incapaz de dar vida; que las obras prueban la fe. ¿Cómo es esto? ¿Por qué las obras hacen posible que la fe quede patente? Y, por otro lado ¿qué tipo de obras? ¿Todas?...

La razón está en la esencia de la misma Palabra de Dios, en lo que ella es. La Palabra de Dios es creadora; como nos dice Pablo a los de Colosas, todo fue creado por Ella y para Ella; nada existe fuera de la Palabra, y todo tiene en Ella su consistencia. Quiere esto decir que, en sí misma, la Palabra de Dios es Acto, la Palabra es eficaz; la Palabra se expresa y se manifiesta activamente siempre. La Palabra del mismo Jesús, que se identifica con Él mismo, obra eficazmente en la gente que **«la escucha y no se echa para atrás»**, como dice la Primera Lectura de hoy. Jesús sana los corazones y los cuerpos de aquellas personas que se acercan, lo escuchan y lo reciben. La Palabra penetra en ellos y transforma sus vidas, porque la Palabra es una Palabra viva, creadora, edificante (que edifica, que construye), eficaz...; es decir, realiza lo que dice.

Esto significa que la persona que acepta, por la fe, la Palabra, permite que esta transforme su vida y le mueva a dejar salir la misma Palabra transformadora a través de sus actos. Es la misma fe la que hace que la Palabra viva actúe a través de la persona. Porque esa es la esencia de la Palabra de Dios: actuar. Vamos, que en lugar de decir que *«Dios es Amor»*, que es lo más grande y sublime que podemos expresar de Él, podríamos perfectamente decir que *«Dios es Amando»*, es decir, su amor es un amor puesto en acto, en movimiento, no está quieto...Él es (actúa) así.

¿Qué se puede decir de una Palabra que penetra en nuestros corazones pero no los mueve a dejarla salir, actuando, esa misma Palabra a través de nuestros actos? Pues exactamente lo que dice Santiago: que la fe que decimos tener está muerta; la Palabra se ha ahogado en el corazón de esa persona. El corazón se ha convertido en un inmenso dique que hace imposible la salida de la fuerza transformadora del agua que viene de lo Alto. El *estanque se ha estancado*; las aguas se han quedado quietas, dejan de oxigenarse y el oasis se ha convertido en un remanso de aguas pútridas, muertas, sombrías, oscuras...La persona retorna al versículo primero del Génesis en donde todo era oscuridad, desorden y caos. La creación se ha detenido y el Espíritu Santo vuela sobre nuestras aguas oscuras esperando el más mínimo movimiento de nuestro deseo para comenzar de nuevo la creación en nuestro interior.

En el Evangelio, Pedro se lleva aparte a Jesús después de haber anunciado su pasión, muerte y resurrección. Y se lo lleva aparte para convencerle de que desista. Pero ¿por

qué va a ser *necesario*? ¿No eres acaso el Mesías? ¿No te lo acabo de decir? ¿Para qué, pues la cruz? La gente dice que eres Juan el Bautista; otros que un profeta; otros que el mismo Elías esperado.... ¡yo te he dicho que tú eres el Mesías! ¡Haz lo que yo te diga! ¡Hazme caso!

Pedro refleja también todos nuestros intentos de manejar a Jesús; él traduce de una manera sin igual todas esas actitudes nuestras con las que volteamos la tortilla en el comal dándonos razonamientos (incluso muy religiosos) para no aceptar la cruz, para no aceptar el crecimiento, para rechazar la nueva creación; en definitiva: **para no dejar salir nuestro verdadero yo**, que es el de la entrega, la donación, el sacrificio. Dejar salir la Palabra de Dios del tesoro de nuestro corazón supone no considerarnos a nosotros mismos y a eso no está dispuesto el **falso yo**. Tan *falso yo* es este de Pedro al rechazar la cruz como el que sólo se quiere quedar con el momento de la gloria del Tabor, seis días más tarde de los acontecimientos que ahora se narran. No: la nueva creación son los siete días: la cruz y el Tabor, el Tabor y la cruz.

Efectivamente. El *falso yo* se encuentra tranquilo en su tienda, en su círculo estanco. Pedro se cree que ya llegó a la cumbre. Pero para llegar a la cumbre hay que aceptar, como fuente de vida, la cruz misma. ¿Por qué es fuente de vida la cruz?

Porque es la cruz, es decir, la negación de nosotros mismos por amor, la donación y la entrega, **la que hace emerger la Palabra Creadora desde el fondo de nuestro corazón**: a Dios mismo. Dejamos que Dios sea Dios en nosotros, continuando su creación desde nosotros. Hacemos que Dios **sea Amando**. Por eso en el Evangelio Jesús nos insiste en que para seguirlo a Él hay que renunciar a nosotros mismos y cargar con la cruz; es decir, arrasar con el *falso yo*, acabar con él. Porque Dios y nuestro auténtico Yo no están separados; aunque no somos Dios, Dios y nuestro auténtico Yo son la misma cosa. Mi centro de gravedad es Dios y acoger la Palabra de Dios supone, darnos cuenta que ese centro de gravedad coincide con lo que somos en realidad, porque somos su imagen. Darnos cuenta de esto, recibir la gracia de comprender esto, es un gigantesco paso en nuestra vida espiritual.